
«HACED ESTO EN MI MEMORIA»

Marcel Légaut (1)

I. Dificultades para pasar de las creencias a la fe y de las observancias a la fidelidad. – Para perseverar en el seguimiento de Jesús, los discípulos deben recordar juntos a su Maestro. – Última recomendación de Jesús. – Primeras realizaciones de la promesa última de Jesús. – Es difícil conservar viva la memoria de Jesús. – La renovación de la Cena enseñada pasó a ser un culto. – La exigencia de pureza moral pasó por delante de la exigencia espiritual del recuerdo. – La comida eucarística prevaleció sobre la renovación de la Cena. – Las circunstancias de la muerte de Jesús estuvieron en el origen de la evolución que experimentó la renovación de la Cena. – Las circunstancias y las formas de expresarse empleadas por Jesús sólo traducen, de una forma contingente y adaptada a la época, su estado interior ante la cercanía de sus últimos momentos. – Interpretación de la Cena en la doctrina. – La renovación de la Cena acabó por ser un nuevo sacrificio. – Degeneración de la práctica de este culto. – Conveniencia del culto cristiano primitivo con la época de su fundación. – Esta conveniencia duró mientras la Iglesia dominó las mentalidades y las reglas de vida. – Con la evolución de las sociedades y de los hombres, el culto cristiano dejó poco a poco de responder a las necesidades, exigencias e intereses espirituales de los cristianos. – La misa continúa siendo, para la mayoría de los cristianos, la única ocasión de un recogimiento verdadero. – La regularidad de la asistencia a la misa dominical está gravemente amenazada.

II. Renovación de la Cena y reunión de algunos discípulos de Jesús en su nombre. – Papel fundamental de las pequeñas comunidades en el cristianismo. – El marco más favorable para el desarrollo de las pequeñas comunidades. – La gran parroquia urbana no favorece las pequeñas comunidades. – Al igual que

(1) Ver la Introducción a este *Cuaderno* para situar este texto de Légaut.

la gran parroquia urbana, la parroquia adscrita a distritos rurales muy extensos es impotente para impedir el retroceso de la vida religiosa. – Todas las obras oficiales en las que la técnica prevalece sobre el testimonio son incapaces de suscitar una verdadera renovación cristiana.

El futuro del cristianismo depende del incesante nacimiento de pequeñas comunidades espirituales. – Su nacimiento y su desarrollo no se ajustan bien a ninguna organización sistemática. – Estas comunidades, cuando ya no están adaptadas a su tiempo, desaparecen. – Si son raras es porque son escasos los hombres capaces de ser su primera piedra. – También son raras porque la Autoridad las soporta con dificultad. – No pretenden remplazar a las organizaciones existentes sino ser su fermento. – La pequeña comunidad de cristianos es el medio más favorable para renovar la Cena.

III. El test más significativo de la vitalidad de una Iglesia es la manera como sus miembros «hacen esto en su memoria». – Es bueno que el cristianismo sea consciente de todo lo que, acumulado durante veinte siglos, lo separa de su Maestro.

Dificultades extremas para que la misa, tal como se practica en la actualidad, sea la renovación de la Cena. – Las preparaciones necesarias para que el pueblo cristiano sea capaz de la renovación de la Cena ni siquiera han comenzado. – Esta preparación sólo puede hacerse en las pequeñas comunidades de cristianos.

La Iglesia ha de garantizar la posibilidad de la renovación de la Cena en todas partes donde algunos discípulos de Jesús «se reúnan en su nombre».

I

Dificultades para pasar de las creencias a la fe y de las observancias a la fidelidad

Parece que Jesús comprendió muy pronto que su misión iba a ser breve y que su muerte estaba próxima. Poco tiempo más iba a estar con sus discípulos. ¿Acaso oía crecer la tormenta a lo lejos, conforme la oposición judía se iba volviendo más violenta? ¿Tenía, quizá, cada

vez mayor conciencia de la distancia que había entre su religión y la de su pueblo, distancia para muchos aún invisible pero evidente ya para él?

Para entrever la heterogeneidad entre la fe y las creencias, y entre la fidelidad y las observancias, radical a pesar de estar enmascarada por mutuas implicaciones, se requiere cambiar por completo de perspectiva en la vida espiritual (²). La enseñanza puede desencadenar este cambio pero no dispensa de la iniciativa que esta transformación exige. Sólo la proximidad de las fronteras de la vida, y en particular de la muerte, ponen de manifiesto esta diferencia de naturaleza. Cuando todo se hunde, las creencias y las observancias o degeneran en narcótico o pierden sentido. Mientras que la fe, en su desnudez, y la fidelidad, en su impotencia final, ambas surgiendo unidas, se afirman entonces como el acto humano por excelencia. Sólo las situaciones extremas empujan al hombre a dar el paso de la fe en el terreno de lo incognoscible, y el paso de la fidelidad en el vacío abierto por la ausencia de toda ley –ineluctable entonces.

¿No era acaso necesario que los discípulos, más allá de las creencias mesiánicas y de las evidencias de todo tipo de la época, enfrentados a la aniquilación de lo que se había convertido en la razón de ser su vida, descubrieran esta fe y fidelidad, fundamentalmente nuevas para ellos? Para el porvenir del cristianismo, ¿no era preciso que los discípulos se unieran a su maestro con todo su ser, a través incluso de su desesperación, por un impulso que encontraba su temple y adquiría su dimensión justo resistiéndose a la muerte?

La fosa que se abría rápidamente entre Jesús e Israel tras el entusiasmo inicial se debía más a la impotencia espiritual de un auditorio desbordado por los hechos que al rechazo de una autoridad oficial atrinche-

(²) La fidelidad es la obediencia sin reservas a lo que se impone íntimamente al hombre para ser exactamente lo que sabe que él debe ser. Las observancias, las impone una ley general que ignora los casos particulares y el camino particular de cada individuo.

rada tras las tradiciones inmemoriales del orden religioso establecido. Sólo Dios puede realizar aquello que es radicalmente nuevo e imposible pues, para él, esto es propiamente crear. Cuando Él asigna esta misión al hombre, lo hace creador. Jesús fue creador, no sólo por su vida, sino también por su muerte.

Los escasos meses que Jesús pasó con sus discípulos era absolutamente necesario que se prolongasen para no haber sido en vano, pues, a pesar de su fecundidad, sólo habían permitido un bosquejo apenas entrevisto, una primera introducción tan sólo en lo que pugnaba por venir; habían aportado, sí, un espíritu indefinible, pero aún sólo sostenido por la presencia del maestro.

A decir verdad, esta presencia prometida de Jesús, en adelante totalmente distinta aunque no menos real, será necesaria, a lo largo de los siglos, no sólo para penetrar de un modo más completo en su mensaje sino, simplemente, para impedir que éste se mutile o se atrofie. A lo largo de los siglos, los discípulos deberán perpetuar esta presencia y llegar, inspirados por el recuerdo de Jesús, a hacerse más conscientes de su humanidad y más espirituales para que, en seguimiento de su Maestro y bajo su acción, sin descanso y siempre de una forma más fiel, extraigan, del tesoro antiguo, un tesoro nuevo. Crear es también hacer que el tesoro antiguo mantenga sin cesar su verdad; verdad que se pierde de continuo pues el tesoro no la posee en sí mismo.

Para perseverar en el seguimiento de Jesús, los discípulos deben recordar juntos a su Maestro

«Cuando dos o tres de vosotros se reúnan en mi nombre –dijo Jesús–, yo estaré en medio de ellos». Tal vez pensaba en la muchedumbres ruidosas que se hacinaban en el Templo de Jerusalén, y así subrayaba el contraste entre lo que él deseaba de los suyos y lo que ocurría habitualmente. Sin duda no lo decía tan sólo por lo reducido del número de los discípulos, sino por la calidad de la comunión espiritual que deseaba para ellos. Perdidos en medio de la masa pero también y

sobre todo trabajando en su profundización personal, estos hombres debían reunirse no sólo impulsados por la solidaridad frente al mismo destino sino también por hacerlo en su nombre, en torno a su recuerdo. Para guardar el frescor y conservar la potencia de este recuerdo, tenían que unirse a él, juntos, en el recogimiento, como por un sobresalto vital, a fin de que éste los transformase y los situase por encima de sí mismos, tal como habían vivido junto al Maestro. Animados mutuamente por este clima fraterno, sus recuerdos se volverían más vivos, más ricos, más activos, más iluminadores, y ellos comprenderían mejor tanto lo que Jesús había significado para ellos hasta entonces como lo que iba a significar en adelante. Fortalecidos, podrían afirmar su fe ante todos y contra todo.

Última recomendación de Jesús

Jesús les mostró la fecundidad de este tipo de reuniones durante su vida, en los momentos particularmente íntimos, pasados juntos, y que se recogen en los Evangelios, como es el caso del relato excepcional de la Transfiguración. También en sus últimas horas, cuando la Cena, les encareció formalmente que se reunieran en su nombre: «Haced esto en mi memoria»; petición última que la proximidad de la muerte y de la separación definitiva hacía más apremiante aún.

En muchas ocasiones, sin duda, Jesús había asegurado a sus discípulos que estaría con ellos cuando se reunieran en su nombre. Sus últimas palabras –pronunciadas horas antes de que todo se consumara, y en unos instantes densos por demás y también agotadores, y arrancadas de sí mismo más que conscientemente premeditadas– fueron la promesa final de quien se marcha una vez cumplida su tarea, a pesar de haber sólo comenzado apenas su misión –a decir verdad. Su misión, se la confió a los suyos sin ignorar ni la imposibilidad de la misma ni la impotencia de ellos ante ella. Fue una verdadera plegaria lo que les dirigió; basada en todo lo que él había sido para ellos y ellos para él; y tanto más apremiante cuanto más urgente y necesaria se manifestaba, envuelta en la intensidad y solemnidad de aquella hora suprema.

Mediante esta llamada, alimentada de un pasado todavía intensamente presente, Jesús pidió a sus discípulos que se entregaran en la fe, juntos y personalmente, a la actividad del recuerdo para que no acabaran por perder insensiblemente el sentido profundo de lo que él les había aportado y que ellos habían recibido sin haber sido capaces entonces de captar no sólo la radical novedad de dicha aportación sino su poder creador. De lo contrario, zarandeados y arrastrados por los acontecimientos, ¿cómo no iba a pesarles la carga de la vida cotidiana y cómo no iban a ceder finalmente, ante la inercia de su atavismo espiritual, la presión de sus tradiciones religiosas y la influencia de las mentalidades con que iban a toparse a lo largo de su apostolado?

Mediante esta promesa, Jesús les aseguraba que, «haciendo esto en su memoria», entrarían de nuevo en contacto con el absoluto que renovarían su fe; contacto directo e íntimo que habían conocido junto a él, en las horas benditas en que él no sólo estaba ante ellos sino en ellos de modo que su palabra, que brotaba directamente de él, los penetraba, los transformaba, los colmaba y les hacía ser.

Más allá de sus primeros discípulos, la misma promesa y la misma llamada se dirigían a todos los que les sucederían en la fe a lo largo de un porvenir que los apóstoles concebían ingenuamente a la medida de su tiempo y de sus esperanzas pero que Jesús, mediante una respuesta evasiva, no quiso evaluar y confesó ignorar.

Primeras realizaciones de la promesa última de Jesús

Este recuerdo que Jesús les había prometido que sería fecundo cuando se reunieran en su nombre se manifestó, primero de forma carismática, durante los días que siguieron a su muerte, cuando, juntos en el Cenáculo, temerosos de los judíos, permanecían unidos por el mismo desamparo terrible, que escondía por completo su fe en Jesús pero cuya intensidad procedía, precisamente, de dicha fe. Lo que se les concedió a las mujeres que, fieles al amor que ninguna amenaza puede detener, acudieron al sepulcro también se les otorgó luego a los

discípulos en el silencio de su común desesperanza. Singular confirmación, otorgada personalmente a cada uno; fulgor sobrehumano capaz de confortar una fe que se había convertido ya en algo tan especial que nada conseguía destruir incluso cuando estaba sepultada bajo las ruinas de sus esperanzas. Y ya, en el camino de Emaús, se realizaba la promesa, que se consumaba en la fracción del pan, al atardecer, en una posada...

Es difícil conservar viva la memoria de Jesús

«Haced esto en mi memoria». Para quienes conocieron a Jesús, era relativamente fácil hacerlo, al menos en los primerísimos tiempos. Incluso cabe imaginar que la recomendación estaba de más. ¿Acaso podían hacer otra cosa que recordar, como un paraíso perdido, aquel pasado ya concluido pero que permanecía más actual incluso que el mismo presente y que, además –así lo pensaban–, iba a retornar enseguida? No obstante, nada era tan necesario como «hacer esto» para conservar el vigor espiritual de aquella memoria, vigor conseguido en la densidad y en la desnudez de las últimas horas. Es más, a la luz de lo sucedido después, cabe preguntar si acaso «hacer esto en su memoria» iba a ser suficiente para impedir que, a la larga, el recuerdo se convirtiera en un mero relato hierático y se desvaneciera, al fin, en la historia a medida que, en adelante, todo llevara a los discípulos a rebajarlo al nivel de las posibilidades normales, suyas y de su entorno.

En los discípulos era fuerte la pendiente que llevaba a que el recuerdo de aquellos pocos meses pasados con el Maestro se vaciara insensiblemente de su sustancia original y singular, nacida del ser mismo de Jesús, sobrehumana a fuerza de ser entera y plenamente humana. Ausente Jesús, nada protegía a aquella memoria que era inseparable de él so pena de corrupción. Nadie podía conservarla sin menoscabo por sólo su propio vigor espiritual. Pronto se mezclaron con esta «memoria» unas formas de sentir y de pensar anteriores, y se añadieron a ella unas actitudes e interpretaciones procedentes de creencias y de prácticas tradicionales. Era como si lo que los discípulos habían

vivido en contacto con Jesús y en ausencia de toda doctrina ya no bastase para nutrir el culto que ellos le daban.

Por otra parte, esta memoria, recreada en el recuerdo por los discípulos gracias a la actividad de su fe, y sustentada en la experiencia espiritual de cada uno, si ya era exigente y difícil para éstos, todavía iba a serlo más para el número creciente de cristianos, procedentes del judaísmo y del paganismo, que no habían conocido a Jesús sino que sólo habían oído hablar de él.

Para «hacer esto en su memoria», era necesario, gracias al testimonio de alguien que viviera del Maestro de forma suficientemente verdadera e intensa, un primer reconocer uno mismo a Jesús, un primer recibirlo y responder a él íntimamente. Este conocimiento tenía que estar suficientemente lleno de la sustancia de cada uno para ser activo y eficaz; para no quedar reducido a unas cuantas ideas abstractas ni acabar reabsorbido en alguna transferencia sentimental, y llegar a ser digno de dar nacimiento a una fe auténtica, incluso aunque ésta permaneciera desconocida en su desnudez propia y estuviera vestida con unas creencias conformes al medio y a la época. Sólo así, en estas condiciones, gracias al memorial de Jesús, el nuevo cristiano podría avanzar en una mejor intelección de lo que su Maestro había querido ser y era para él. ¿No es esto lo que ocurre todavía hoy mismo?

La renovación de la Cena enseguida pasó a ser un culto

Ciertamente, esta memoria era demasiado exigente y difícil. Exigía una actividad espiritual demasiado diferente de la que normalmente se practicaba, y una iniciativa demasiado nueva, demasiado interior y personal. Era ineluctable que, de forma rápida y generalizada, la Cena pasara a comprenderse y renovarse como un culto al que una ideología convenientemente extraída de la tradición judía y del atavismo religioso del hombre le concede un valor sagrado.

La renovación de la Cena llegó así a no practicarse en memoria de Jesús sino a celebrarse por obediencia a un mandato del Señor, calcado de la obligación de Shabbat, a la que sustituyó. La actividad del

recuerdo, que no logró desarrollarse a la luz de la fe, falta de una profundización humana suficiente, se remplazó por un ejercicio de obediencia bajo la égida de la doctrina. Las creencias y las observancias cristianas –renovación de las del judaísmo, a las que perfeccionaron sin modificarles la naturaleza– pasaron por delante de la fe y de la fidelidad que Jesús hizo nacer en sus discípulos por su discurso, íntimamente ligado a su vida y nacido de su ser.

*La exigencia de pureza moral pasó por delante
de la exigencia espiritual del recuerdo*

Entre la Cena y las reuniones celebradas por los primeros cristianos, hubo, desde el comienzo, un desfase que no se debió sólo al clima menos trágico en que éstas se celebraban. Al parecer, en el ánimo de los asistentes, pronto fue más importante la comida en común que el recuerdo propiamente dicho de Jesús. Las alusiones de San Pablo, en algunas de sus Epístolas, a determinadas conductas de algunos de los comensales ponen de manifiesto indirectamente la mentalidad general de aquellas asambleas. Y el modo como reacciona contra estos desórdenes confirma implícitamente, además, la transformación indicada. Pablo insiste en la pureza de vida exigible para participar dignamente en estos ágapes fraternos; sin embargo, resulta muy significativo y da mucho que pensar y que reflexionar que la indignidad que estigmatiza sea únicamente de orden moral. No le preocupa la incapacidad de ponerse en el estado de inteligencia interior que permite entrever, mediante un retorno hacia aquel pasado excepcionalmente grande y trágico pero ya lejano, lo que fue la Cena.

Aunque la Cena, por ser inseparable de lo que Jesús y sus discípulos vivieron juntos, quede lejos de la experiencia normal, y más allá de los horizontes habituales de los hombres, si éstos intentaran ponerse a la altura de aquella hora, ella les ayudaría a elevarse y alcanzarla. Al representarse, en la medida de lo posible, y a través de las Escrituras y de su experiencia personal, todo lo que preparó la Cena y todo lo que la acompañó; al rehacer juntos, con las disposiciones y posibilidades interiores adecuadas, los mismos gestos; y al repetir, con igual

espíritu de búsqueda y de piedad, las mismas palabras, los cristianos llegarían a introducirse en la inteligencia de lo que fue Jesús igual que si lo estuvieran recordando, después de haber vivido con él; se lo harían real y presente tanto como si estuviera dentro de ellos. Sin embargo, san Pablo, pese a prestarse tanto aquella ocasión, no hizo ninguna alusión a esta impotencia primordial, la de mayores consecuencias, la más extendida, a la que la indignidad moral tan sólo agrava, pero que no provoca. Ningún texto conocido de aquella época menciona esta cuestión, tan primordial, sin embargo.

La comida eucarística prevaleció sobre la renovación de la Cena

Este paso en falso, ya de por sí importante, lo corroboran y justifican, al menos aparentemente, las Escrituras cuando insisten en presentar la comunión eucarística como un alimento; en especial, el Evangelio de Juan que, mejor que los Sinópticos, refleja la espiritualidad de finales del siglo primero dada su fecha de redacción, relativamente tardía.

Acordarse de Jesús es, sin duda, alimentarse de él. Sin embargo, es más fácil hacer de la comunión un alimento suficiente en sí mismo, tal como de hecho sucedió, que acordarse de Jesús, y en concreto de su vida humana, tal como él, sin embargo, pidió expresamente. La espiritualidad que se basa en la comunión como socorro, como viático durante la vida presente, como remedio físico incluso, hasta llegar a considerarla como semilla de eternidad y, ulteriormente —ya en el contexto de una piedad insípida—, como “pan de los ángeles”, resulta, toda ella, menos exigente que la actividad del recuerdo. Por eso la replazó de hecho. Posteriormente, la comunión frecuente, fuera de la celebración eucarística incluso sin necesidad, acentuó esta tendencia aún más.

Las circunstancias de la muerte de Jesús estuvieron en el origen de la evolución que experimentó la renovación de la Cena

Parece que la forma como Jesús concibió su muerte, cuando los acontecimientos la fueron imponiendo, está históricamente en el origen

de la evolución de la renovación de la Cena; evolución que ciertamente se debió también tanto a la impotencia de los hombres para alzarse al nivel espiritual que los primeros discípulos alcanzaron en las horas próximas al fin, como a la presión de las tradiciones religiosas ya existentes.

Parece, en efecto, que Jesús quiso celebrar la Pascua judía con sus discípulos antes de una detención inminente que él no hizo nada por evitar y que incluso buscaba como saliéndole al paso. Parece que subió a Jerusalén con este designio, y que se ajustó a las demoras necesarias pues, ¿no era la Pascua la conmemoración de un acontecimiento del pasado israelita que se correspondía con algo que él tenía que vivir? Y, ¿no iba él también a atravesar el gran desierto, la etapa requerida por el cumplimiento de su misión conforme a aquella especie de identificación, entre él mismo y su pueblo, que le complacía pues veía una imagen de su propio camino en las etapas de la historia de Israel?

En la misma línea de inspiración, confirió a su muerte el carácter sacrificial por el que Israel reconocía litúrgicamente su dependencia de Dios. Sin duda, la primera y esencial causa de su muerte fue su fidelidad, hasta el fin, a su misión, a lo que él descubría y vivía con los suyos: aquella voluntad de su Padre sobre él, verdadera llamada íntima con la que, más que someterse, se desposaba pues, a decir verdad, era con su ser mismo con el que, de este modo, se desposaba.

Impuesta por las circunstancias, Jesús no quiso de ningún modo esta muerte por sí misma, como si tuviese algún valor ante Dios una víctima cruenta. Si la aceptó sin reservas fue porque era necesaria para su misión, porque estaba en la línea de su existencia y porque rehusarla y huir de ella hubiera sido renegar de sí mismo y reducir a la nada todo lo que había sido y era. Jesús se ofreció a la muerte por los hombres, conforme al decir inspirado en la práctica de los sacrificios religiosos, pero con un espíritu radicalmente diferente, que su conocimiento de Dios le imponía.

Por otra parte, esta utilización de la Pascua judía y de su rito sacrificial se ajustaba a la conducta de Jesús en público, en que se sirvió de mila-

gros y de profecías, sin enfeudarse jamás en ellos, y justo lo suficiente para atraer y favorecer la atención a fin de convencer, pero de un modo completamente distinto: convertir engendrando la fe en él por su irradiación personal, más que seducir provocando en la gente unas evidencias inspiradas en asombros y entusiasmos instintivos, debidos únicamente a circunstancias contingentes, por extraordinarias que fuesen. Jesús se sirvió de las prácticas religiosas de su país pero transformándolas mediante una auténtica creación que las volvió totalmente otras, capaces en potencia de una universalidad que sobrepasaba lo que podía pensarse y vivirse en aquel tiempo. En esta hora final, Jesús se entregó a ello más que nunca.

Las circunstancias y las formas de expresarse empleadas por Jesús sólo traducen, de una forma contingente y adaptada a la época, su estado interior ante la cercanía de sus últimos momentos

Su apropiación de la Pascua y del sacrificio ritual no agotaba, ni de lejos, los sentimientos de Jesús en aquellas horas en que su vida entera se concentraba y él la inventaba, paso a paso, a medida que concluía su misión. El momento no era de aquéllos en los que se legisla y se fundan instituciones, sino aquél en que, mediante una confesión sólo posible en la última hora, uno se entrega por completo, tal como es. Los actos y las palabras que brotaron de Jesús o, mejor, que él extrajo de sí porque ya todo debía hacerse y decirse tal cual y para siempre, significan, ciertamente, lo que él vivía en lo íntimo de su ser. Estas palabras y estos actos no deben considerarse fuera de aquella coyuntura extrema y del clima del momento, excepcional incluso para Jesús. La intensidad de aquella hora les confería un valor y un alcance que, considerados de forma sólo objetiva, serían incapaces de revelar. Eran palabras y actos indudablemente humanos pero que sobrepasaban, dadas las condiciones en que se produjeron, su sentido habitual y expresaban la tensión de un ser tan unido a Dios y tan vuelto a los hombres que, por ello, resultaba sobrehumana.

Fruto último de la fidelidad de Jesús a sí mismo y a su Padre, su muerte, inseparable de su vida, coronación de su existencia, fue esencial-

mente la manifestación del don de sí que había hecho hasta el fin a sus discípulos y, más allá de ellos, a los hombres. Jesús quiso continuar siendo alimento como cuando estuvo con ellos; alimento como la voluntad divina lo había sido para él cuando ésta crecía en su ser y se manifestaba siguiendo sus propias cadencias. No sólo fundió, hasta hacerlas inseparables, la relación que le ligaba al hombre y la que le unía a Dios, sino que afirmó también su comunión con lo creado, comunión íntima hasta el punto de no distinguirlo de su cuerpo y hacer de él su cuerpo; última confesión a los suyos, en sus últimos momentos, de su vida personal, de su soberanía y dependencia con respecto al mundo –causa primera y última de su pasión.

La muerte de Jesús no sólo sellaba el don de sí que hizo a sus discípulos. Apuntaba también a hacerles descubrir el carácter singular de dicho don al meterlos en unas disposiciones adecuadas, imposibles de alcanzar en tiempo ordinario. Jesús quiso que su muerte los alcanzara de tal manera que quedaran definitivamente marcados; que fuera para ellos ocasión y origen de un nuevo punto de partida; que los obligara a esforzarse siempre en penetrar, de un modo más completo, en la intelección de su mensaje y de su persona, de la que estaban aún muy alejados a pesar de su docilidad y de su amor. Para alcanzar este fin, que sobrepasa lo que puede aportar cualquier enseñanza y que queda fuera del alcance de cualquier docilidad, no había otro camino que la propia muerte. De modo que la buscó cuando se percató de que había llegado el tiempo de desaparecer para que lo comprendieran mejor. Marchó hacia ella y esto fue su última acción.

La muerte de Jesús abatió a sus discípulos y así los hizo resurgir mejor a partir de ellos mismos. Por el vacío que abrió en ellos, los liberó de sus límites del mejor modo posible. Les habló por su silencio, les descubrió lo que ninguna lengua podía expresar, lo que ninguna luz podía aclarar. A través de los siglos, esta muerte continúa haciendo lo mismo en todos los que comienzan a ser sus discípulos, sin duda de forma más discreta pero también no menos real. La muerte del ser querido y venerado que fue Jesús para los primeros discípulos, y que todavía puede ser para los que se han sucedido después, es lo único

capaz de desvelar completamente la humanidad de Jesús y de conducir, a través del conocimiento íntimo del Maestro, hasta el vértice de la adoración. Que cada uno lo comprenda, a su manera y por sus vías, para «ser».

Interpretación de la Cena en la doctrina

Aunque en la Cena los discípulos se sintieron levantados por encima de su condición normal, y, de forma excepcional, se encontraron en contacto, oscuro pero directo, con lo que pasaba ante ellos; y aunque, al menos en los tiempos fuertes de su vida posterior, revivieron con fuerza aquellos momentos inolvidables; sin embargo, su predicación, cuando versó sobre esto, parece que sólo se atuvo a las palabras, a los actos y al objeto y significación inmediata de éstos. Los apóstoles no pudieron restituir a estas palabras y actos el aura singular que Jesús les confirió en aquella hora extrema; aura que los introdujo en la excepción, les cambió el sentido y les dio un valor inconmensurable. Sólo supieron relatar aquellas palabras y aquellos hechos, y explicarlos a partir de las tradiciones recibidas, conforme a la mentalidad y a las formas de expresión de su tiempo. Sin duda, su predicación tenía, en sus labios, el fervor y el frescor de los recuerdos personales e inefables, pero no podía hacer real, para sus oyentes, aquello de lo que habían sido testigos privilegiados pero también abrumados y medio inconscientes, al fin y al cabo.

La enseñanza de los apóstoles insiste, especial y casi exclusivamente, en el sacrificio cruento de Jesús, víctima propiciatoria por los pecados de los hombres. Muestra cómo los profetas habían anunciado este sacrificio con precisión y detalle. Esta enseñanza, intrépida en su argumentación, elimina la oscuridad de unos textos de los que selecciona y aclara las intuiciones principales, impregnadas de pasiones humanas y políticas, de costumbres e imaginaciones orientales, pero nutridas también –y ésta es sin duda su fuente más pura– de la experiencia personal de los profetas y sabios perseguidos de antaño. Esto llevó a los apóstoles a hacer de la muerte en la cruz el fin último y casi único de la vida de Jesús, la respuesta directa a una voluntad

expresa y explícita de Dios; respuesta que satisfacía un decreto inflexible e implacable de justicia.

Al dar esta explicación teológica de la muerte del Maestro, no tuvieron en cuenta que ella era el término fatal, impuesto por la misma razón de ser de su misión y provocado por una cadena de acontecimientos sujetos a los determinismos que garantizan la estabilidad del mundo pero que son, a la vez, la causa de su inercia. Tampoco vieron que esta muerte, cumplimiento pleno de la vida del Maestro, era la consecuencia ineluctable del estado espiritual de los hombres de su tiempo y de todos los tiempos; y que este estado era como si existiese este tipo de muerte pues era la única vía de que los hombres accedieran a la intelección de su mensaje y se despertara la humanidad de los que podían comprender a Jesús, recibirlo y creer en él como él quería.

Por contra, los apóstoles afirmaron que aquella muerte era, sin más, el rescate por el pecado, tal como ellos lo concebían. Y, en su predicación, esta muerte, comprendida así, se convirtió en la pieza central de una doctrina que la justificaba y que, de este modo, la arrancaba de la situación y del devenir histórico de Jesús, que ellos convertían en algo meramente accesorio e instrumento de la voluntad divina, siendo así que eran, en sí, por su razón de ser, de capital importancia espiritual. Al dar como razón de la muerte de Jesús la voluntad de Dios –del Dios que entonces concebían–, esta teología dispensaba, equivocadamente, de buscar el sentido y el alcance de la misión de Jesús en la vida de los hombres que llegan a ser, poco a poco, ellos mismos, de un modo real, bajo la llamada de Dios.

De este modo, el recuerdo de Jesús se constriñó peligrosamente al tiempo que se empobreció en medio de lo que le añadían todas estas consideraciones; consideraciones que, por otra parte, dieron paso a unas construcciones ideológicas cuyos abundantes desarrollos indican tanto el interés apasionado que la historia de Jesús provocó como el desconocimiento del alcance de su vida terrena por parte de los cristianos.

La renovación de la Cena acabó por ser un nuevo sacrificio

La práctica del sacrificio cruento ofrecido a la divinidad no es específicamente judía sino que se da en todas las religiones bajo formas más o menos primitivas. Esta práctica, por un lado, conduce al hombre, de forma sensible, a la frontera de la vida, allí donde éste se enfrenta con la amplia pregunta que le opone la muerte, detrás de la cual acecha la cuestión de la suya propia, abrupta pese a estar envuelta, casi por completo, por un cúmulo de defensas instintivas. Y, por otro lado, está ligada –esta práctica– a la idea que el hombre se hace espontáneamente acerca de su radical dependencia de Dios.

Asimilar la muerte de Jesús a un sacrificio cruento exigido por Dios, dueño todopoderoso de la vida, que la da y la quita a voluntad, era presentar una explicación de la misma fácil de entender no sólo por los judíos sino también por los catecúmenos procedentes del paganismo. La renovación de la Cena se convirtió, en consecuencia, en un eco de este sacrificio y más aún, en un nuevo sacrificio, incruento pero real, vinculado al de Jesús pero con su propia entidad y valor. Por eso ya no fue tanto cuestión de recordar, en esta acción y gracias a ella, a Jesús, ni de acordarse de sus últimas horas con sus discípulos, sino de fundamentar y cultivar la idea teológica de este nuevo sacrificio, merced al sacerdocio eterno de Cristo resucitado, al que se atribuyó ser el verdadero oficiante del mismo por mediación del instrumento del sacerdocio de los sacerdotes, concebido en la línea del sacerdocio de los levitas de la Antigua Alianza.

Sin el recuerdo constante de lo que hizo Jesús la vigilia de su muerte, es una tentación muy grande –¿y quién asegurará no haber sucumbido nunca a ella?– sustituir el «Jesús de la historia» por el «Cristo de la teología», en la medida en que, de este modo, se va más allá de la vida humana de Jesús, sin tener que partir de ella, confiando, exclusivamente, en las pendientes de las tradiciones y en las alas de las teologías.

Con el transcurso de los siglos, esta forma de concebir la renovación de la Cena tuvo desarrollos diversos al azar de los intereses religiosos

de cada época. Sufrió, además, especiales refinamientos en los que la superstición influyó con frecuencia. Por su hechura compleja y ambigua, humana como podía serlo en otros tiempos, y cercana a lo sagrado, esta forma sacrificial de concebir la renovación de la Cena ayudó a la vida religiosa de numerosas generaciones y aportó una manera accesible de comprender y de vivir una primera aproximación al mensaje evangélico. Sin embargo, sólo respondió muy parcialmente a la última recomendación de Jesús. Por el contrario, tomada como un fin en sí –tal como casi siempre ocurrió–, lejos de realizar el carácter esencial de la renovación de la Cena distrajo de ello, y de una forma muy peligrosa. De manera que, lejos de alcanzar lo universal, esta forma de renovación está condenada a encaminarse hacia su declive, sin necesidad de atribuir éste a la incredulidad o a la impiedad de los hombres.

Degeneración de la práctica de este culto

La celebración eucarística, al no ser ya, principalmente, la reanudación, en el recuerdo, de lo que fue la Cena, sólo fue un culto más, dado a Dios y organizado por los hombres de acuerdo con las representaciones que se hacían de él. A lo largo de la historia, la celebración eucarística sufrió el peso de los determinismos ideológicos que gravitaban sobre las prácticas de todas las religiones. Pasó a ser o bien un mero acto religioso privilegiado, del que la comunión estuvo ausente a menudo por barreras de simple moralidad; o bien una plegaria colectiva más, que se redujo, poco a poco, a ser una devoción particular, especialmente recomendada por requerir la asistencia al templo, pero ahogada, en cierto modo, entre otras muchas; acto, plegaria o devoción que acabó siendo, en muchos casos, una simple rutina más, social o únicamente mundana, incluso. Forma de pedir a Dios gracias y favores de todo tipo, vino a ser, de hecho, en el espíritu de la mayoría de los cristianos, y a pesar de su origen, una práctica supersticiosa más, igual que las otras por las que el cristianismo, sin demasiados escrúpulos, satisfacía el fondo religioso primitivo de los hombres, y que antaño fueron la fortuna de todos los paganismos.

La cantidad se impuso sobre la calidad; y no por eso se dejó de justificar esta práctica e incluso de fomentarla indirectamente, de manera velada. Bajo una forma más o menos disfrazada con razones en parte válidas, la celebración de la Cena sufrió la suerte de muchos otros actos humanos y cedió, durante siglos, a la tentación de la simonía. Aquellos que tuvieron como función la celebración de dicha práctica, en lugar de surgir directamente de las comunidades bajo la dirección de los apóstoles, tal como sucedía en los orígenes, pasaron a formar una casta, como una clase social aparte, y detentaron sus poderes no como una delegación temporal y enajenable sino como un bien que se les había concedido personal y definitivamente.

A decir verdad, todo lo que hay en una misa, de rito de una religión cualquiera cuando se le encarga a un sacerdote que la diga por alguna intención sin ni siquiera asistir uno mismo físicamente a ella, todo esto la aleja de ser la renovación de la comida que Jesús dijo a sus discípulos que hicieran para acordarse de él. ¿Cómo se ha podido llegar hasta aquí, bajo la cobertura de un desarrollo que se reputó como homogéneo, sin que estallara el escándalo incluso a los ojos de los menos clarividentes? Meditar en las etapas de esta decrepitud, iniciada, ciertamente, ya desde el comienzo, pero acelerada con los tiempos; y encontrar las razones de esta bancarrota así como extraer las consecuencias que de ahí se derivan, son exigencias capitales de las que depende el destino del cristianismo, más que de todas las adaptaciones que pudieran darle mayor audiencia, y más que todas las oposiciones que pudieran venir a combatirlo.

*Conveniencia del culto cristiano primitivo
con la época de su fundación*

Desde el comienzo, el culto cristiano se situó en la prolongación de la liturgia judía. Heredó sus prácticas, que le bastaba iluminar con las nuevas perspectivas, hacia las que, por otra parte, se las podía ver oscuramente orientadas. A la lectura de la Biblia se añadió, en la nueva liturgia, la de otros textos de origen catequético que, ulteriormente, se integraron en los Evangelios y en las Epístolas. Por lo que

se puede entrever, estos relatos, si hablaban de Jesús, no era tanto para ayudar a entender íntimamente su ser cuanto para exponer los hechos extraordinarios que acompañaron su predicación y para dar a conocer las enseñanzas que los apóstoles extraían de ellos. Al término de esta preparación, inspirada por preocupaciones morales y por una doctrina orientada, de forma casi exclusiva, hacia el sacrificio, tal como lo concebía el judaísmo, la renovación litúrgica de la Cena se redujo a la consagración del pan y del vino, en cuerpo y sangre de Cristo, seguida de la comunión vista como la ingestión de un alimento divino.

Esta forma de responder al último encarecimiento de Jesús no agotaba, ni de lejos, lo que él debió de pensar y estaba implícito en su petición, tal como dan a entender las condiciones mismas de aquella Cena; esta forma de responder tan sólo era conforme a lo que permitían las costumbres y las tradiciones de la época. La asamblea cristiana del domingo –bien adaptada a la mentalidad religiosa de los pueblos a los que se proponía, y acorde asimismo con las necesidades y los medios de los primeros siglos, todo ello reforzado por el fervor del comienzo y por la situación minoritaria y a menudo perseguida de las Iglesias– fue el centro de la vida de los fieles aun sin alcanzar el nivel espiritual que conocieron los primeros discípulos en aquel pasado, ya lejano, en que se reunieron por última vez con su Maestro; y por ser el centro fue la espina dorsal del cristianismo, pues su organización interior y lo mejor de su piedad se concentraron en torno a la celebración de los Misterios.

Esta conveniencia duró mientras la Iglesia dominó las mentalidades y las reglas de vida

La misa, practicada de forma regular y frecuente, y revestida de un carácter no sólo sagrado sino esotérico, cultivado además a sabiendas, constituyó el rito por excelencia de los cristianos. La asistencia al culto dominical fue, durante siglos, uno de los artículos más importantes y mejor observados de la nueva Ley. Las prácticas religiosas formaban parte incluso de las estructuras sociales. Dichas prácticas –

defendidas con rigor, a lo largo de una historia cuyo transcurso era sumamente lento, contra toda crítica y contra toda abstención, mediante represiones vigilantes y vigorosas, profundamente arraigadas por la costumbre durante generaciones, y reforzadas por la amenaza de sanciones eternas-, por su incidencia en lo externo y en lo interno, tuvieron, principalmente, una función jurídica y moralizadora. En los medios más fervientes, transformaron afortunadamente, hasta cierto punto, tanto las costumbres como la vida sentimental e intelectual. Con todo, incluso en los casos más favorables, salvo excepciones debidas al vigor personal, limitaron las preocupaciones espirituales a la observancia de antiguas disciplinas, y a la conservación de una tradición y de una ley consideradas como un depósito revelado por Dios mismo.

Esta situación duró mientras la Iglesia conservó, de forma directa o indirecta, el poder político, el control de la educación y el monopolio de la enseñanza y de la cultura. Con esta situación, se disimuló el relativo fracaso del cristianismo. No sólo el fracaso moral que estigmatizaban algunos, igual como antiguamente hicieran los profetas de Israel cuando las observancias exteriores eran más importantes que los comportamientos íntimos o incluso los contradecían, sino también el fracaso de comprensión que consistía en rebajar y reducir el Evangelio a no ser más que una ley nueva.

La Iglesia, aun considerando al Evangelio como el cumplimiento perfecto de la Ley judía, sólo lo comprendía como la base de un gobierno y de una civilización, como la Carta cuya estricta observancia era sancionada jurídicamente por una salvación personal. La Iglesia no veía, en la misión de Jesús, el fermento del hombre y la llamada de Dios; y no se preocupaba ni por respetar la libertad ni por animar la iniciativa que este fermento y esta llamada reclamaban. Esta actitud, debida a una incomprensión grave del espíritu fundamental de Jesús, sin duda imposible de evitar en las condiciones en que entonces vivían los hombres, condujo a la Iglesia a las mismas torpezas, endurecimientos y esclerosis a las que llegaron el judaísmo y las demás religiones.

Con la evolución de las sociedades y de los hombres, el culto cristiano dejó poco a poco de responder a las necesidades, exigencias e intereses espirituales de los cristianos

Con la evolución de las mentalidades y con el desarrollo de las posibilidades y aspiraciones humanas – que el cristianismo había favorecido indirectamente por su aportación eminente, pero contra las que se sublevaba por ser incapaz de responder a ellas y de orientarlas al no estar lo suficiente en la línea de Jesús –, las primeras señales de fracaso aparecieron. Durante mucho tiempo, estas señales se atribuyeron a la debilidad humana y a la perversión de algunos individuos aislados, los cuales, a decir verdad, se contaban entre los más vigorosos y espirituales. Hasta que el fracaso se hizo meridianamente manifiesto: cuando las sociedades civiles se desprendieron de la tutela de la Iglesia, y las masas populares se liberaron del cristianismo establecido, lo abandonaron y se dejaron seducir y someter por las ideologías modernas.

Al comienzo, el culto cristiano se adaptaba a los medios y a las necesidades religiosas del pueblo. Progresivamente, en los siglos siguientes, cultivó en los fieles un clima afectivo más tranquilizador que vivificante, y los encerró en un mundo de pensamientos más lógico que real, debido a una concepción del Universo sin relación con los nuevos conocimientos. El cristianismo, aparte de la sumisión al orden establecido al que sacralizaba; aparte de la aceptación de unas situaciones adquiridas y de la resignación a unas condiciones de vida que afirmaba, indistintamente y sin matices, ser efecto de decretos divinos – todo ello consecuencia del estado de mente y de comportamiento que contribuyó ampliamente a la decadencia política de la Iglesia; en lugar de impulsar a sus miembros a una verdadera profundización humana, los dispensó e incluso a veces los desvió de ello con la excusa de prácticas religiosas tanto más enérgicamente impuestas cuanto menos adaptadas eran a sus necesidades y a sus posibilidades más reales.

Esta inadaptación del culto cristiano permaneció durante largo tiempo disimulada bajo el manto de lo sagrado, y se sobrellevó con una

pasividad disimulaba bajo la apariencia de obediencia y de humildad. A un número creciente de fieles, incluso cuando todavía éstos se ple-gaban a la disciplina de la misa semanal, bien bajo el peso de la cos-tumbre bien por el oscuro presentimiento de que esto les era benefi-cioso, esta inadaptación los llevó a la indiferencia hacia el recuerdo activo de Jesús que comporta esencialmente la renovación de la Cena. De manera que no quedó en ellos otro interés que el de la ruti-na ceremonial y el esplendor de los ritos.

Tal vez esta situación fue lo que suscitó, indirectamente y como por reacción, muchas búsquedas colaterales de la piedad, tales como las prácticas, relativamente recientes y ampliamente extendidas, del *Via crucis*, del culto al Sagrado Corazón, etc., orientadas, en cierto modo, hacia el recuerdo del Jesús-hombre. Estas devociones, más inspiradas, sin embargo, en la doctrina que en el Evangelio, se concentraban, sobre todo, en los sufrimientos físicos y morales de Jesús, en su amor por los hombres. Su objetivo, en definitiva, era más alimentar la afec-tividad y moralizar la conducta que unir íntimamente al discípulo con el Maestro mediante una comprensión profunda de lo que éste vivió y quiso.

Aunque las Escrituras, para comprenderlas en su riqueza excepcio-nal y responder verdaderamente a ellas en el nivel en que fueron creadas, exigen una inspiración que las renueve, la lectura de las mismas se limitó a ser una práctica puramente exterior y ritual de la que la predicación, a menudo de forma mediocre e inflada, sacó partido en forma de preceptos y doctrinas: molienda de grano grueso en la que la letra – más fácil de enseñar y de desmenuzar – venció al espíritu. Mientras que la vida espiritual reclama, como necesidad primordial, la mayor autenticidad, las formas culturales de hablar, de cantar y de rezar, incluso en lengua vernácula, se convirtieron rápi-damente en géneros literarios sagrados. Perdieron el interés, indirectamente religioso, que les confería, a veces, la misma antigüedad de su uso, y que no se pudo conservar cuando se las modernizó. Sólo engendraron un sentimentalismo artificial, anticuado, cuyo revesti-miento los hombres sólo aceptaban en la iglesia, y que les dispensa-

ba de estar verdaderamente en lo que hacían porque creían entonces hacer lo que debían.

Indispensable al comienzo para descubrir quién era Jesús y alcanzarlo en sí mismo, la asistencia a la misa, aun acompañada de la comunión, tal como es costumbre relativamente corriente ahora entre los mejores cristianos, no les ayudó, e incluso puede pensarse que les desvió de hacerlo al presentarse como un fin en sí.

Por este derrumbe insensible pero que se viene dando desde hace tanto tiempo, de manera que sus consecuencias resultan ya espiritualmente homicidas, el cristiano, en todos sus actos religiosos oficiales, continúa repitiendo un hacer y un decir que responde a un creer en Dios como en los primeros siglos, a pesar de que le resulta imposible creer así pues, en su fuero interno, cree en Él de un modo muy diferente. Cuando este desajuste le preocupa, tiene que hacer, con la mayoría de los textos utilizados e incluso con sus actos religiosos, transposiciones continuas y laboriosas, si quiere alimentar su vida espiritual y no falsearla con un gusto exclusivo por los arcaísmos o con un interés supersticioso por prácticas cercanas a la magia.

De este modo, lo que antiguamente contribuyó a dar a la celebración de los misterios un sentido religioso accesible al pueblo cristiano, sin realizar por otra parte ni de lejos el fin esencial que Jesús quiso, se convirtió en una dificultad tanto más considerable cuanto más el hombre se formaba, poco a poco, una idea más elevada de Dios, de su bondad y de su justicia, o, al menos, rechazaba las concepciones del pasado, según las cuales lo que era inhumano parecía signo de trascendencia divina. En particular, la noción de sacrificio perdió, poco a poco, la significación espiritual que tenía cuando ésta se imponía por encima de las costumbres judías o paganas, más o menos puerilmente supersticiosas. El sacrificio cruento, que antaño fue un acto religioso, ya no parecía proceder sino de una barbarie indigna de Dios. La ofrenda en forma de homenaje simbólico, que sustituyó insensiblemente al sacrificio entendido como una destrucción real, tampoco tenía mayor significación para el hombre contemporáneo.

Conforme a la mentalidad de éste, la dependencia respecto de Dios ya no es la del siervo ante su amo, y ni siquiera la del inferior ante su superior, tal como se vivía en la religiosidad del pasado. Actualmente, el creyente, por inconsciente y titubeante que se sienta, se sabe y quiere colaborador de Dios, a la vez ínfimo y necesario; agente directo de la creación por la libre acogida que hace de la acción de Dios en él.

La misa continúa siendo, para la mayoría de los cristianos, la única ocasión de un recogimiento verdadero

A decir verdad, la misa, considerada únicamente como ofrenda y sacrificio, ya no nutre la vida espiritual de los cristianos aunque asistan a ella regularmente cada domingo por disciplina o diariamente por devoción. Sin embargo, siguió siendo capital para ellos pues les procuraba un clima favorable al recogimiento. ¿No resulta significativo en este sentido que, durante siglos, en los países de cristiandad en los que la autoridad religiosa era la más escuchada, en los que la doctrina del sacrificio eucarístico era la más enseñada, muchos cristianos se hayan limitado a asistir a ella leyendo algún libro de piedad – en particular la Imitación de Jesucristo en el que se habla tan poco de la humanidad de Jesús – o rezando el rosario?

En nuestros días, para la mayoría de los cristianos, la misa es la única ocasión de hacer silencio dentro de sí que una vida sobrecargada y febril les permite – siempre que el celo de los cantores y de los animadores litúrgicos no lo obstaculice. Es el reposo semanal por excelencia, imposible durante el resto del domingo. Para un número también importante, la misa es el tiempo de preparación para la comunión eucarística. Desdichadamente, su final precipitado suprime el recogimiento que debería completar la comunión para que ésta no se redujera a una simple práctica sacramental. La forma de remediar en algunos países la falta de sacerdotes mediante diáconos casados o laicos que reparten la comunión fuera de la misa refuerza esta tendencia, piadosa pero nefasta a la vez pues reduce la renovación de la Cena a ser el simple proceso de fabricación de un sacramento.

*La regularidad de la asistencia a la misa dominical
está gravemente amenazada*

Nunca se insistirá demasiado en el profundo desapego de los cristianos respecto de la misa, oculto bajo una práctica regular aún considerable aunque en rápido descenso allí donde las condiciones sociológicas ya no son favorables. Cuando la juventud no reacciona contra las tradiciones familiares con la franqueza brutal que la caracteriza, estas tradiciones familiares mantienen aún esta disciplina aunque sea de forma cada vez menos frecuente. También la presión del medio la apoya aún, al menos en determinadas capas sociales, así como un vago temor supersticioso que se acentúa cuando la desgracia acecha o la vida se retira. Sin embargo, a medida que la sociedad civil extiende su poder sobre sus miembros, por el trabajo o por el ocio; a medida que desarrolla sus propias ideologías sociales o políticas y que, en fin, se desliga del cristianismo, sólo conservando lo que favorece el orden que ella intenta establecer y mantener, todas las apariencias que enmascaran la realidad se desvanecen. Donde la asistencia regular y frecuente a misa es imposible por la falta de sacerdotes, este desapego, ya de por sí relevante, será total en las nuevas generaciones, que ni siquiera habrán conocido las rutinas de la antigua disciplina. De todos modos, dado que la misa, según la concepción y la práctica actuales, no les aporta nada, y dado que tampoco han comprendido ni el papel capital del cristianismo ni la imperiosa necesidad de colaborar en su perennidad, permaneciendo vinculados a él cueste lo que cueste, muchas personas, de las más vivas y religiosas, dejarán el camino de las iglesias. Dichosos serán si a la larga no pierden el camino hacia su ser.

Es difícil «hacer esto en su memoria», tal como recomendó Jesús hace veinte siglos. Ya resulta extraordinario que, después de dos milenios, algunos hombres puedan aún tener la inquietud de intentarlo y de lograrlo. En adelante – tal es el trabajo secreto del espíritu de Jesús en sus discípulos –, es necesario que éstos se levanten al nivel de la fe y de la fidelidad de los apóstoles, gracias a una auténtica mutación de su vida espiritual, y que se liberen de los marcos que les ha legado la

cristiandad, los cuales, en otros tiempos, fueron convenientes dado el estado espiritual que había. Es necesario que descubran, para revivirlas de forma personal, las horas que los apóstoles conocieron junto a su Maestro; y en particular al final, en la Cena. De lo contrario, sus creencias y sus prácticas religiosas desaparecerán como las de cualquier religión de autoridad ⁽³⁾.

II

Renovación de la Cena y reunión de algunos discípulos en su nombre

No fue al principio de su vida pública cuando Jesús instituyó el memorial que, en el futuro, tenía que ayudar a que su presencia se perpetuase en medio de sus discípulos. En el transcurso de su vida, Jesús aseguró a sus discípulos que, cuando dos o tres de entre ellos se reuniesen en su nombre, Él estaría en medio de ellos. Esta presencia misteriosa no puede disociarse de aquélla otra, singular también pero más marcada por el tiempo y el espacio, que él se atribuyó en medio de los suyos cuando hizo la última comida con ellos: afirmó hacerse alimento para quien lo acogiese en espíritu y en verdad; entonces recibiría de él, como él mismo había recibido de Dios, su padre.

Estas dos presencias están unidas de forma inseparable. La renovación de la Cena exige la comunidad que constituyen dos o tres cristianos cuando están reunidos «en su nombre». Inversamente, la reunión de dos o tres discípulos está pidiendo la renovación de la Cena «en su memoria». La reunión de varios discípulos sólo halla su cumplimiento en esta acción que suscita poderosamente el mejor conocimiento que estos discípulos pueden alcanzar tanto de su Maestro como de su presencia en medio de ellos, y activa y resplandeciente en ellos.

Salvadas las proporciones, ¿acaso no sucede lo mismo con el menor objeto, con el más mínimo acontecimiento que un hombre tiene aso-

⁽³⁾ Fin del texto que faltaba por traducir. El resto del capítulo se toma, revisado, de *Creer en la Iglesia del porvenir*.

ciado al recuerdo del ser querido que le ha dejado y del que, sin embargo, sigue estando y sintiéndose muy próximo? ¡Cuánto más vigoroso es este recuerdo cuando son varios los que lo reviven juntos con un fervor y una disposición de ánimo semejantes! ¡Qué eficacia puede llegar a tener este recuerdo cuando se aúna con una fe que está arraigada en las profundidades del hombre hasta el punto de ser un signo revelador de su propio ser!

Papel fundamental de las pequeñas comunidades en el cristianismo

Lo que sucedió antaño en torno a Jesús, y lo que pasó con los apóstoles cuando, junto con los primeros convertidos, fundaron las jóvenes comunidades cristianas, es algo que sin cesar ha de volver a comenzar. De hecho, desde hace veinte siglos, esto es lo que continuamente se ha reemprendido. Es cierto que el cristianismo necesita de unas estructuras para tomar cuerpo en una sociedad cuyo fin es esforzarse en perpetuarlo (estructuras que, en el futuro, sin duda, serán más flexibles a medida que los miembros de la Iglesia asuman mejor su talla humana). Sin embargo, la Iglesia sólo puede seguir siendo propiamente ella misma gracias al continuo florecimiento de pequeñas comunidades que reúnan de forma suficientemente frecuente y estable –y, en la medida de lo posible, durante toda la vida– a creyentes de temperamento espiritual parecido, que se ayuden mutuamente, más por su presencia que por una cooperación disciplinada, a recordar a Jesús en la fe y a llegar a ser sus discípulos gracias a su fidelidad.

El marco más favorable para el desarrollo de las pequeñas comunidades

Según parece, el marco más favorable para la formación de estas comunidades, minúsculas relativamente, de nula importancia social, pero de un papel insustituible, es la parroquia rural, de talla humana. Las vidas laboriosas de sus miembros, parecidas, arraigadas en el mismo lugar de generación en generación, y con las mismas necesidades y posibilidades por lo regular, son un marco inestimable y rara-

mente aprovechando en el pasado, cara a una formación que supere las meras prácticas de la moral y de la devoción ⁽⁴⁾.

Este marco, sin embargo, sólo se utilizó para asentar la ley y consolidar las costumbres. Actualmente, está en vías de desaparecer a causa de la evolución de la sociedad moderna, que despuebla los campos, y como consecuencia de la esclerosis de las estructuras eclesíásticas que se consideran a sí mismas inmutables. La institución, al no concebir y rechazar el ejercicio del sacerdocio de otra forma que no sea la tradicional –que tampoco es, dicho sea de paso, la de los primeros tiempos de la Iglesia–, es incapaz de remediar la nueva situación en que se encuentran los cristianos en estos lugares despoblados, tan pocos y en grupos tan dispersos.

La gran parroquia urbana no favorece las pequeñas comunidades

Las parroquias urbanas gigantes, de población extremadamente diversa y móvil, nunca podrán ayudar, dada su organización centralizada, al nacimiento de estos grupos que han de ser de dimensión reducida, estables, y formados por personas que tengan entre sí afinidades humanas y espirituales, caminen por itinerarios semejantes y pongan, en el centro de su búsqueda y de su vida, la fidelidad a Jesús. Por el contrario, indirectamente, las parroquias urbanas tienden de forma natural a impedir que estos grupos se formen porque, sin ser cuerpos extraños, no pueden dejar de intentar no disolverse dentro de un todo indiferenciado como el que constituyen estas parroquias. La desmesura de éstas hace que su papel sea semejante al del templo de

(⁴) Recuérdese que Légaut fue profesor de matemáticas en la Universidad de los 25 a los 40 años, y que, tras la IIª Guerra Mundial, dejó la enseñanza y se hizo campesino y pastor en los pre-Alpes. Allí nacieron sus seis hijos. Sólo cuando algunos hijos asumieron Les Granges de Lèsches-en-Diois, Légaut comenzó de nuevo a escribir. Los veinte años de vida campesina fueron su desierto, el tiempo de maduración de su obra. Por eso Légaut manifiesta siempre su «preferencia» por las posibilidades de este tipo de vida que fue su forma de descender en la escala social. Légaut habló de su «vuelta a la tierra» en «Confesión de un intelectual», primer capítulo de *Trabajo de la fe* (Valencia, AML, 1993), que se puede encontrar en www.marcellegaut.org.

Jerusalén. Los determinismos que padecen son iguales, y su torpeza, por el peso de lo material y social, también. Jesús predicaba en estos lugares pero sólo de paso... Era en ellos donde se veía obligado a manifestar, no sin violencia a veces, la oposición de su mensaje a la religión establecida. Más tarde, cuando dos o tres se reunirán en su nombre, no será ahí donde lo hagan: unas veces será en un hostel, otras en la casa de un hermano...

No cabe duda, sin embargo, de que es bueno, y hasta maravilloso, que los cristianos se reúnan de forma numerosa si antes han sido capaces, entre unos pocos, de hacer un trabajo espiritual auténtico en torno al recuerdo vivo de Jesús, a lo largo de años y durante su vida ordinaria. En este caso, tales asambleas son para ellos una recompensa y una ocasión de caer mejor en la cuenta de la realidad social y espiritual de la Iglesia. Sin estas condiciones, las manifestaciones imponentes que se promueven en estas parroquias –por su espectacularidad, que puede alcanzar una notoria grandeza aunque muchas no son más que un simple amontonamiento de masas– siempre resultan algo ambiguas y distraen de lo esencial. Por la magnitud de sus aglomeraciones, por el clima potente pero constriñente que desarrollan, estas parroquias tienden a transformar el cristianismo en una religión como las otras: religión de orden sociológico principalmente, y condenada –lo mismo que el resto– a permanecer en la superficie de las cosas, a emplear la afectividad que actúa en la masa, a hacer buenas migas con la mediocridad humana y, finalmente, a desaparecer.

Al igual que la gran parroquia urbana, la parroquia adscrita a distritos rurales muy extensos no puede impedir el retroceso de la vida religiosa

Los marcos parroquiales –dadas las condiciones de la vida ciudadana moderna, cuyo modelo alcanza a los inmensos distritos rurales– tienen el mérito innegable de existir. En el estado actual, de gran pobreza e inercia espiritual, es difícil concebir otros marcos que no sean utópicos. Sin embargo, los que hay, aunque contasen con el mejor

personal sacerdotal, resultan radicalmente insuficientes para frenar, aunque sólo fuese desde el punto de vista social y numérico, la situación de degradación del cristianismo.

En la ciudad, esta degradación se disimula por el número de los que todavía se apretujan los domingos en las iglesias. La afluencia continua de nuevos habitantes oculta, en parte, el desapego actual de la población a las ceremonias religiosas. Es difícil darse cuenta de la ínfima proporción de los que son gentes de fe verdaderamente. En las grandes aglomeraciones, la asistencia a misa, completamente impersonal a pesar de las técnicas litúrgicas utilizadas, sólo tiene una influencia superficial sobre los cristianos. Éstos –en particular los jóvenes– no encuentran en ellas ni calor humano ni nada de verdadero interés. Cada vez se les ve menos. Cada vez están más a merced de las seducciones ideológicas del momento, mucho más vigorosas. No pueden resistirlas hasta que las doctrinas y sus partidarios no los vayan decepcionando...

En el campo, el retroceso es evidente. Aunque pueda atribuirse a la disminución de la población, su evidencia se impone porque basta con constatar la edad media de los feligreses que acuden a las iglesias los escasos domingos en los que aún se celebra la misa. Allí donde las costumbres comienzan a fallar porque una práctica lo bastante frecuente no las mantiene, allí donde no se crean costumbres porque nada las hace nacer, la asistencia a la misa disminuye tanto por la desaparición de las personas mayores como por la abstención de los jóvenes. Este retroceso es más impresionante porque se manifiesta en parroquias que eran relativamente practicantes hasta hace poco, y cuyo género de vida, además, era especialmente favorable para la conservación de las tradiciones.

Los movimientos especializados, creados para poner remedio a la impotencia de las parroquias, se encuentran ante los mismos fracasos y, a la larga, los mismo retrocesos. Presionados por el interés inmediato de una eficacia visible, que influye enormemente y que prevalece respecto de sus preocupaciones espirituales, el objetivo de estos movi-

mientos es más reunir un gran número de personas que trabajar en suscitar la calidad entre ellas; es más encuadrar y adoctrinar que formar y abrir a la vida interior, a la que es fácil que tachen de «aristocrática» e incluso de un poco egoísta: dejan caer sobre ella la sospecha de subjetivismo y, de ordinario, la reducen a la mera regularidad de una práctica sacramental.

Estos movimientos se dirigen a un público que se renueva sin cesar, móvil no sólo por inconstancia sino también por las divisiones que sistemáticamente se establecen a partir de clasificaciones sociológicas tales como la edad, la situación familiar, los tipos de trabajo, etc. Estos movimientos compartimentados, establecidos desde fuera siguiendo unas directrices generales que no nacen ni se gestionan desde dentro y desde la base, se esfuerzan por dar una formación estándar, sobre todo moral y social, que responde más a unas necesidades exteriores –por otra parte evidentes– que a las aspiraciones personales y a las potencialidades religiosas que, en cambio, suelen dejarse totalmente en barbecho.

Estos movimientos especializados, más dinámicos que la mayoría de las parroquias, no obstante, a la larga, no está probado que sean más eficaces que las organizaciones de antaño, como los patronatos o los círculos. Se puede dudar incluso sobre el valor de su acción cuando se constata la ínfima proporción de sus miembros que persevera, en cuanto se les deja solos, sin el grupo, ante la vida, o cuando se constata la mediocridad de sus preocupaciones propiamente religiosas, en las que se trasluce, muy a menudo, la indiferencia o, en fin, cuando se ve la pobreza espiritual generalizada que manifiestan al dedicarse, siguiendo consignas recibidas, a la acción sindical y política.

Todas las obras oficiales en las que la técnica prevalece sobre el testimonio son incapaces de suscitar una verdadera renovación cristiana

Las obras que se desarrollan en las parroquias urbanas, en los distritos rurales, en los movimientos de acción católica, se hacen en un clima

de dispersión igual que el de cualquier otra actividad moderna. No favorecen ni la profundización ni el recogimiento de las personas que participan: más bien se las agota espiritualmente, e incluso a menudo físicamente. Constantemente en la brecha, cada día, obligados a poner en el tablero de continuo su persona, los mejores, a fuerza de repetirse sin nunca poderse renovar, se empobrecen. En el fondo no conocen más que consignas y se ven sometidos a mecanismos propios de las técnicas de enseñanza o, mejor, de propaganda, que se convierten en su preocupación exclusiva. Casi físicamente incapaces de tomar la distancia necesaria para pensar realmente en aquello para lo que viven, en aquello a lo que se consagran, a menudo acaban tanto por perderle el gusto como por ser incapaces de encontrar los medios de gustarlo cuando se les deja tiempo, espacio y ocasión para ello. En estas condiciones, ¿cómo podrían suscitar en torno a sí una actividad espiritual que no se redujese, pobremente, a la mera observancia de doctrinas y leyes?

Por sus preocupaciones absorbentes, es difícil que estos hombres, a pesar de su generosidad –y también de su calidad de alma muchas veces–, tengan suficiente vitalidad espiritual e intelectual no ya para ayudar sino para al menos no estorbar, por una especie de incompreensión, el nacimiento de estos pequeños grupos cristianos, de envergadura social insignificante, fruto de la sola iniciativa de sus miembros, y cuyos intereses predominantes apuntan a la vida interior.

Todas estas organizaciones, a pesar de la extrema dedicación de aquellos que les consagran su vida, por más útiles e incluso indispensables que sean, no pueden parar sino sólo pueden retrasar el declive del cristianismo. Cuánto menos pueden estar en el origen de su verdadera renovación. Estas organizaciones sólo pueden prolongar por un tiempo una influencia de tipo sociológico que está condenada a retroceder sin cesar bajo la acción de una sociedad prácticamente atea e incomparablemente más poderosa y numerosa; que ya no tiene ni siquiera el gusto de perseguir a los cristianos de tan dueña y señora como se siente del destino de los hombres. La sociedad está tan segura de su proyecto –equivocadamente, sin duda– que deja que el cris-

tianismo desaparezca poco a poco, sin ruido y sin escándalo; y que pase así a engrosar las filas de los supervivientes de un pasado folklórico del que ocasionalmente aún le gusta hablar para descansar y distraerse un poco de las cuestiones realmente importantes y serias.

El futuro del cristianismo depende del incesante nacimiento de pequeñas comunidades espirituales

A decir verdad, el futuro del cristianismo depende del continuo nacimiento, en el seno del pueblo creyente, de pequeños grupos de discípulos que se reúnan en nombre de Jesús. Nacidos en tierras y tiempos muy concretos, tienen el sentido del terruño, saben que «pertenecen» a un espacio y tiempo que es el «suyo», y que por eso mismo pueden responder a las necesidades de dicho rincón. Sólo ellos pueden hacerlo sin que la mentalidad ambiente los desvíe hasta echarlos a perder, y sin ser por ello infieles al espíritu de Jesús puesto que mantienen, ante todo, su enfoque primordial a favor de la vida espiritual de la que ellos mismos han surgido. Sólo estas pequeñas comunidades pueden ayudar a sus miembros a caer en la cuenta de lo que hay en ellos, y a dar así sus frutos. Gracias, pues, a estas comunidades, sus miembros adquieren una capacidad de irradiación ante los hombres que prolonga y perpetúa la de Jesús.

El nacimiento y desarrollo de estas comunidades no se ajusta bien a ninguna organización sistemática

Estas fraternidades son menos excepcionales de lo que podría pensarse. Son algo tan poco premeditado que, a menudo, nacen y empiezan a desarrollarse sin que lo sepan ni los mismos que las originan. Precisamente entonces es cuando hacen el trabajo más profundo y original... Estas comunidades, sin nombre verdadero incluso cuando tienen la debilidad de ponerse uno, y sin tener casa propia ni locales aunque hayan llegado a disponer de algún tipo de instalación material, no gustan de la publicidad, que está en clara discordancia con su espíritu. Nadie habla de ellas. Las estadísticas las ignoran. De ordinario, cuando empiezan a conocerse, es que ya están entrando en su

declive; justo entonces es cuando, frecuentemente, son reconocidas en los medios próximos a la autoridad, y a veces hasta se las erige canónicamente... Son comunidades que pueden ser deseadas pero nunca instituidas. Ninguna autoridad es capaz de suscitarlas. Cuando la jerarquía, para controlarlas mejor, las coordina, no hace sino acelerar su envejecimiento. Cuando estas fraternidades se organizan para tener estructuras duraderas, en el fondo preparan su decadencia, que, en estos casos, ya suele estar avanzada. La filiación y la paternidad espirituales son lo único capaz de ayudar y de proteger el delicado desarrollo de estos grupos aparentemente muy precarios pero, en verdad, sólidos por la solidez espiritual de sus miembros. Estas verdaderas comunidades están tan unidas al ser de sus miembros que conocen y padecen sus mismos progresos y retrocesos. A medida que con la edad éstos se transforman y no tienen ya las mismas necesidades, los mismos medios, las mismas aspiraciones, también ellas cambian de carácter. De este modo, estas comunidades acompañan a sus miembros a lo largo de la vida de una forma siempre adaptada a ellos y espiritualmente eficaz.

Estas comunidades, cuando ya no se adaptan a su tiempo, desaparecen

Estas comunidades empalman plenamente con la generación que las ve nacer, cualesquiera que sean las nuevas necesidades y aspiraciones que se manifiesten en ellas. Su plasticidad es algo característico suyo, sin parangón con la de cualquier otro grupo puesto en marcha, de forma sistemática, por una autoridad –por inteligente que sea– siguiendo un plan de conjunto, concebido a priori según las mejoras técnicas.

La suya es, sin embargo, una posibilidad local y efímera porque, por su propio ser, estas comunidades no están suficientemente abiertas a lo que surge entre los hombres de otros tiempos y lugares. Sólo de forma imperfecta pueden adaptarse, por más que se esfuercen; lo cual siempre implica traicionar un poco su propia genialidad y, a través de esta falta de autenticidad, traicionar el espíritu que es su fundamento. Además de su limitación local, la mayor parte de estas comunidades

son también de vida efímera, y tanto más cuanto más rápida es la evolución de las generaciones que se suceden.

Deben aceptar esta condición efímera lo mismo que lo que tienen de contingente. Es mejor morir de su verdadera muerte que apoyarse en la solidez de algún tipo de implantación para pretender durar y perpetuarse de modo artificial. Con toda humildad desaparecen junto con sus miembros, y dejan a los nuevos grupos el cuidado de continuar su tradición al reencontrarla por ellos mismos. Sólo así continuarán siendo beneficiosas hasta el final y no molestarán indirectamente, por la supervivencia esclerotizada de lo que fueron antaño, al nacimiento de las fraternidades futuras. Es necesario que las hojas caigan en otoño para que aparezcan los brotes en la primavera.

La vitalidad del cristianismo se mide tanto por los múltiples grupos de este tipo que surgen, diversos en extremo, cuanto por la discreción y la rapidez de su desaparición cuando conviene. La Iglesia sólo puede vivir verdaderamente a la altura de su misión renaciendo sin cesar a partir de las comunidades que la engendran después de que ellas mismas han nacido de ella; comunidades que después se eclipsan y desaparecen tras haberla servido. Esta maravillosa inseguridad, constante desafío para las prudencias y la sabiduría política, se asemeja a aquella otra inseguridad, propia de la fe, a la que ninguna creencia puede hacer cierta como un conocimiento. Esta sucesión, esta alternancia de nacimientos y de muertes es la ineluctable consecuencia de la esencia de la Iglesia. Es necesaria para asegurar la permanencia de un cristianismo fiel a su origen.

Estas comunidades son raras porque son escasos los hombres capaces de ser su primera piedra

Estas fraternidades son, sin embargo, raras e infrecuentes porque los seres –ya de por sí escasos– que podrían ser su primera piedra tienen, además, un camino difícil de seguir, en el que muchos de ellos tropiezan y fracasan. Es preciso que sean fuertes y sobre todo tenaces a pesar de sus debilidades, y que se mantengan firmes frente a una

sociedad que unas veces los combate y otras los tienta y seduce. Es muy frecuente que los absorban o que los conviertan en satélites suyos las organizaciones religiosas existentes –con frecuencia más sólidamente estructuradas que verdaderamente espirituales– que son grandes devoradoras de hombres, sobre todo de los mejores. Con demasiada frecuencia confunden, estos seres, como llamada al estado sacerdotal o monástico, la atracción e irradiación espiritual de las personas religiosas que lo son de forma original y vigorosa. La entrada en estos estados les atrae con frecuencia; estados que les impiden ser pioneros de los nuevos tiempos, que es lo que precisamente ellos podrían llegar a ser en la Iglesia. De este modo, el pueblo cristiano se ve privado de un gran número de sus miembros más vigorosamente espirituales, que serían tan necesarios para que nacieran estas comunidades en su seno.

*Estas comunidades son raras también porque
la Autoridad las soporta con dificultad*

Por otra parte, a la Autoridad le cuesta favorecer, e incluso simplemente respetar, actividades que no dependen directamente de ella. A pesar del silencio en el que estas comunidades se envuelven, le resulta difícil soportarlas cuando manifiestan una vitalidad superior a la de las obras oficialmente patrocinadas por ella; y también cuando, a veces, estas comunidades entran en competencia con ella y le quitan algunos buenos elementos o, al menos, les dan un espíritu diferente. Es difícil para la Autoridad no inquietarse ni reaccionar en contra ante iniciativas nuevas e independientes, que le parecen azarosas y que, sin ninguna duda, corren el riesgo de serlo. Es difícil para ella ser paciente y tener confianza ante errores previsibles y característicos, que no son más que el tributo que hay que pagar a la mentalidad de una generación y a la debilidad humana. Le resulta difícil ver, más allá de estos riesgos y a pesar de estos errores, el trabajo en profundidad que se está haciendo y que dará verdaderos frutos más adelante. Le haría falta mucha claridad, mucha inteligencia espiritual y un gran sentido de la paciente acción divina en el hombre. Sin duda sería necesario también que la

Autoridad estuviese convencida de que sólo en ellas puede la Iglesia encontrar la senda estrecha de su salvación; camino virgen, no balizado, bordeado de barrancos, nunca seguro pero, sin embargo, secretamente acorde con la fe que ella misma exige y, al mismo tiempo, cultiva. Sólo el clima que fomenta una religión de llamada puede preparar el nacimiento de estas comunidades y respetar sus desarrollos.

Estas comunidades no pretenden reemplazar a las organizaciones existentes sino ser su fermento

Estas comunidades no pueden remplazar los cuadros y organismos oficiales existentes. Se desarrollan en otro plano. Sin embargo, son el fermento indispensable para que estos organismos no se limiten ni a hacer obra de civilización –muy útil por otra parte– ni a ejercer una influencia de tipo cristiano, sobre todo de carácter sociológico; influencia condenada a tanta mayor precariedad a medida que la sociedad sea, cada vez, más vigorosa y autónoma en los servicios de interés colectivo. Sólo estas verdaderas comunidades, insuflando en los movimientos oficiales el espíritu que irradian, pueden hacerlos religiosamente fecundos.

El jefe religioso, que debe hacer frente a los problemas de su cargo, encontrará en ellas el eco más cercano a sus preocupaciones y la ayuda más eficaz para sus búsquedas. En ellas es donde sentirá que late mejor el corazón del cristianismo: un latido que no notará en los congresos, donde el entusiasmo de los asistentes margina cualquier tipo de fervor reflexivo, ni tampoco entre los notables de la cristiandad que, por su situación, consecuencia frecuente de su conformismo, son especialmente conservadores de las formas tradicionales, en las que están instalados con preeminencia ventajosa.

La pequeña comunidad de cristianos es el lugar más favorable para renovar la Cena

Las parroquias urbanas, los distritos rurales y los movimientos especializados pueden dar a la misa el carácter de un sacrificio sagrado;

carácter al que le van las amplias convocatorias, los considerables despliegues del aparato litúrgico, y que, además, soporta bien la pasividad de una asistencia a poder ser numerosa. Todo esto dista mucho de las condiciones, incluso físicas, que facilitarían la renovación de la Cena. La actividad del recuerdo exige una intimidad ferviente y recogida en la que el silencio no dé la impresión de vacío. De ordinario, esta actividad sólo es posible en una asamblea poco numerosa, de cristianos que se conocen de antiguo y cuyas vidas y búsquedas religiosas son semejantes.

III

El test más significativo de la vitalidad de una Iglesia es la manera como sus miembros «hacen esto es su memoria»

Toda la historia del cristianismo se desarrolla en torno al esfuerzo de los cristianos por recordar a Jesús de forma real. No hay test más significativo del estado espiritual de una Iglesia que la manera como sus miembros celebran su memoria.

No es imposible, sin duda, hacer de la misa, tal como se practica actualmente, la renovación de la Cena. En el clima ferviente de un oficio conventual en que todo está impregnado de religión y de un respeto acendrado hacia un pasado venerable, con la concelebración de algunos monjes y la comunión general del resto, con una asamblea transportada por un canto cuya elevación espiritual es herencia de los fervores del pasado, es fácil lograrlo, a pesar de las plegarias normalmente orientadas según perspectivas completamente distintas, y a pesar también de los textos, en su mayor parte sin relación directa con el recuerdo de Jesús.

Es mucho más difícil que lo logre un cristiano, en la pequeña iglesia del pueblo, los pocos domingos en los que la misa aún se celebra ante algunos vecinos que, de hecho, son más realmente religiosos en sus campos que en el templo, y que, sin embargo, acuden a él empujados

por una oscura necesidad, al tiempo que por la rutina de los tiempos antiguos. Pero aún es más difícil lograrlo en la gran iglesia urbana, en la que la masa anónima se amontona hasta la puerta, en hornadas sucesivas y apretadas, tan lejos, en todos los sentidos, del altar; multitud más conmovedora por su silencio, horrorosamente vacío, que por sus respuestas y cantos, tan ajenos a lo que son como hombres y a lo que realmente les preocupa.

Es bueno que el cristianismo sea consciente de todo lo que, acumulado durante veinte siglos, lo separa de su Maestro

Ciertamente es bueno para un cristiano sentir de esta forma la opacidad e inercia de los veinte siglos que lo separan de su Maestro, y comprender que, no obstante, no podía ser de otra forma. ¿No es éste el camino que el discípulo debe tomar para entrar, de una forma más honda, en el conocimiento de los sentimientos que atormentaron a Jesús al final? ¿Puede acaso renovar verdaderamente, con un espíritu adecuado, la Cena, si Getsemaní, prolongación natural de la reunión en el Cenáculo, y, en definitiva, origen oculto del mismo, no está presente en el momento en el que «se hace esto en su memoria»?

Las angustias que entonces conocieron los apóstoles y que hicieron que su fe en Jesús se desprendiese brutalmente de todo lo que, sin ser ella misma, la había ayudado a nacer, ya no son posibles realmente en la actualidad. Sin embargo, otras las remplazan, porque el recuerdo viviente de Jesús será vertiginosamente cuestionado hasta el fin de los tiempos. Su recuerdo está tan amenazado ahora como hace veinte siglos, pues el pasado ya no es garantía del futuro, al igual que las evidencias ya no dan seguridad a la fe. Lo mismo que las angustias del principio, estos sufrimientos que penetran al cristiano, a la vista de lo que ha llegado a ser la misa, purifican su fe en Jesús de todas las facilidades que antes le habían permitido tener una confianza demasiado absoluta en los destinos de la Iglesia.

El que ignora estos sufrimientos, rebeldías y escándalos íntimos, estos disgustos difíciles de dominar, o los combate en nombre de una con-

fianza poco aclarada en la providencia de una sumisión incondicional a los ritos de la Iglesia, no está a la altura de renovar, con un espíritu suficientemente afin al caso, la última reunión de Jesús con los apóstoles. El que no lleva sobre sí, con la lucidez que el amor agudiza y que excluye toda debilidad, este estado íntimo, al que sólo la fe salva de la angustia, no puede concebir hasta qué punto es exigente, improbable y, en consecuencia, extraordinaria, la permanencia del recuerdo de Jesús a través de los siglos; permanencia que es presencia y que precisamente hace posible la renovación de la Cena hecha en su memoria.

Dificultades extremas para que la misa, tal como actualmente se practica, sea la renovación de la Cena

Para que la misa sea explícitamente la renovación de la Cena tal como Jesús y sus discípulos la vivieron juntos, de modo que sea su recuerdo en acción, hay que ir en contra de una tradición que se remonta al comienzo del cristianismo, incluso al tiempo de los apóstoles, a juzgar por los pocos pasajes de la Escritura que informan de las asambleas eucarísticas que celebraban las primeras comunidades a mitad del siglo primero. Afirmar que se trata de superar una tradición tan constante y central en el cristianismo, parecerá a priori algo paradójico e intolerable. Afrontar dificultades tan insuperables parecerá, más que ilusorio, ridículo y fruto de la demencia. No obstante, se avcina la hora de la verdad en la que se impondrá de forma imperiosa, a pesar de su imposibilidad evidente, esta mutación litúrgica que está estrechamente unida a una transformación de la vida espiritual cristiana y que ha de ser de una amplitud jamás concebida hasta ahora pero que resulta de extrema urgencia para evitar lo peor.

Semejante reforma, íntegramente fiel a lo esencial, no se hará sin conmover profundamente lo que antaño se adecuaba bien a las posibilidades de los cristianos pero ahora ya no porque los creyentes tienen, legítimamente, otras necesidades, otros medios y otras exigencias. Todo se opone a esta reforma. Nada es, sin embargo, más necesario. No es cuestión únicamente de volver a las fuentes sino de remontar-

se, tanto como sea posible, hasta lo que Jesús vivió –si no lo quiso–, y que, en su tiempo, ni podía comprenderse perfectamente ni, en consecuencia, comunicarse íntegramente, por medio de las interpretaciones y adaptaciones impuestas por la mentalidad de la época. Tentativa cuyo sólo enunciado parecerá impío y que, sin embargo, es la que exige mayor fidelidad al espíritu de Jesús.

Las preparaciones necesarias para que el pueblo cristiano sea capaz de la renovación de la Cena ni siquiera han comenzado

Si se le propusiese, el pueblo cristiano no estaría dispuesto a realizar esta mutación espiritual y litúrgica, ni tampoco a aceptarla sin trabas ni obstáculos. Aunque la noción de sacrificio ofrecido a Dios no significa nada para él, y aunque todas las adaptaciones que se hacen de esta noción a la mentalidad de la época están condenadas a ser artificiales y vanas, la comprensión de todo lo que exige y aporta el recuerdo de Jesús en la renovación de la Cena tampoco es más accesible para el pueblo cristiano. Nunca se le ha invitado explícitamente a avanzar en esta dirección aunque a menudo se le haya hablado de Cristo.

Para ayudar al cristiano a hacer del recuerdo de Jesús la base de su religión y el camino hacia Dios, sería preciso prepararle de un modo mucho más humano y evangélico, y mucho menos doctrinal y teológico. En principio habría que dedicarse a desarrollar en él el sentido de su humanidad a través de una educación más rica en experiencias y testimonios que en teorías. A partir de la edad en que el cristiano empieza a asumir su individualidad, y a lo largo de toda su vida, necesita de una instrucción atenta sobre todo a aquello que él está llamado a descubrir y a vivir a su manera; es decir, aquello que lo llevará, paso a paso, si responde a ello sin blasfemar su honor, a acercarse al estado espiritualmente adulto: amor, paternidad o maternidad, acceso al conocimiento interno de su vida, de su unidad y singularidad, despertar de su misión, junto con todo lo que el paso de estos umbrales y lo que se sigue de ellos supone de dificultades y logros, de sufrimientos y alegrías, de preocupaciones y riesgos, pero también de aplomo y plenitud.

No habría que contentarse únicamente con que se sometiese a la observancia de una ley que, en definitiva, no es más que un medio; limitado e incluso a veces equivocado para lo que se pretende. Esta ley, más sacralizada de lo debido, con demasiada frecuencia no se impone más que desde el exterior, y no está suficientemente fundamentada, en cada uno, en exigencias propiamente humanas nacidas de lo más íntimo de sí. Con demasiada frecuencia, la ausencia de una educación adecuada ha impedido que estas exigencias naciesen a su debido tiempo, y se desarrollasen tan rápidamente como hubiera hecho falta. Por otra parte, ¿cómo, si no, sin ser consciente de estas exigencias, podría abrirse el cristianismo a la fidelidad, y descubrir en sí mismo la moral que ninguna legislación agota?

Sería preciso ayudarle a mirar la condición humana con la máxima lucidez, sin atenuar, por comentarios tranquilizadores aunque fuesen piadosos, el carácter dramático de las situaciones que cada ser se encuentra cuando suena su hora. Sería preciso mostrarle también qué veneno destila en él esta clarividencia dura, seca, pura de ilusiones, desprendida de imaginaciones, hasta llegar a paralizarlo, si nada ni nadie acude para estabilizarlo en lo esencial. Habría que guiarlo hasta el descubrimiento de la interioridad, hasta hacerle tocar la unidad profunda de su vida en medio de sus incoherencias, gracias a una conciencia suficiente de la grandeza de su propia existencia a despecho de sus impotencias y debilidades. Habría que ayudarle a erguirse hasta llegar a conocer lo que es necesidad intrínseca de su naturaleza, a fin de poder llegar, él mismo, a comprenderse a sí mismo más allá de lo que se ve y se toca; de modo que accediese así, a pesar de los obstáculos que se ciernen sobre su espíritu por todas partes, a la fe en Dios; fe que trasciende todo conocimiento y cuya desnudez, si uno la abraza decididamente, libera de la ignorancia.

Entonces, el cristiano se liberaría poco a poco de sus habituales maneras de decir y de sentir que, irremediamente, bajo el peso de una herencia secular inculcada por creencias a las que sólo se vincula a medias, suenan a ficticias. Con demasiada frecuencia, esta adhesión a medias, doblada de escepticismo, es suficiente para que, por desgra-

cia, el cristiano se sienta dispensado del movimiento de la fe o, cuando menos, para que le quede desdibujada su radical originalidad.

En estas condiciones, el cristiano estaría presto para poder alcanzar de veras a Jesús como aquél al que se necesita, con una necesidad fundamental, para descubrir más completamente la propia humanidad y, de este modo, poder vivir como hombre que está abierto y es capaz de acogerlo en el momento oportuno. En vías de convertirse en discípulo, sería capaz de cultivar y de profundizar en el recuerdo de Jesús, capaz de iniciar un conocimiento interior de la existencia de su Maestro, y de entrever el carácter esencial de su mensaje, así como de recibir de su presencia la fuerza de seguirlo. De otro modo, a decir verdad, sólo lo adoraría de forma idolátrica, como a una divinidad cualquiera...

También de resultas de estas condiciones, el cristiano no sería introducido en el espíritu de su Maestro sólo a través del conocimiento de unos textos, venerables pero vetustos y que, más que aportar luz, exigen explicaciones; ni tampoco sólo a través del estudio de una doctrina que, reflejando con mucha frecuencia las preocupaciones y los marcos de pensamiento de antaño, se desarrolla de hecho fuera de sus propios horizontes. En cambio, sería a la luz de su propia vida espiritual como iluminaría estos textos e interpretaría esta doctrina; como podría nutrirse de ellos en lugar de sobrecargar con ellos su espíritu y cultivar una sentimentalidad ficticia; y así sería también como alcanzaría a comprender los pacientes caminos de Dios obrando en el Mundo, cuya manifestación más ajustada y plena, en el plano humano, es la vida de Jesús.

Prolongando las primeras realizaciones cristianas, este creyente sería capaz de descubrir ya, de otro modo que a través de la luz tenue de los vitrales, la vida de sus antepasados en la fe, inspirados por completo por el espíritu fundamental de las Bienaventuranzas, pero también muy limitados por los errores, las supersticiones y las pasiones. Comprendería por dentro, a estos violentos que forzaron el reino de los cielos, y no sólo por aquello que es admirable o extraordinario en

sus vidas, sino también gracias a lo que es completamente común, incluso a través de comportamientos radicalmente erróneos aunque antaño considerados como virtuosos; los cuales, a veces, a decir verdad, podrían ser objeto de análisis psiquiátrico y en cambio se consideran, sin más, como «sobrenaturales».

Así es como, finalmente, puede distinguirse la fe de las creencias y la fidelidad de las observancias. Sólo así es como puede entreverse lo que es la Iglesia, en qué pertenece pesadamente a esta tierra pero también cómo, a pesar de sus yerros y excesos, gracias a ella, madura el fruto más puro que el hombre puede «gestar», proveniente de Dios.

Esta preparación, indispensable para entrar en la vida espiritual siguiendo a Jesús y bajo su irradiación, no puede proponerse a todos del mismo modo. Es importante que se adapte al clima de cada uno, a sus necesidades y medios. Ojalá que el creyente, a lo largo de todo este itinerario y en el curso de esta búsqueda, tan suyas e intransferibles, pueda encontrar, en algunos discípulos, aunque sean de un pasado incluso lejano, la paternidad espiritual del precursor que necesita para abrirse más totalmente a su Maestro.

*Esta preparación sólo puede hacerse en las
pequeñas comunidades de cristianos*

Esta preparación sólo puede realizarse en el seno de pequeños grupos, homogéneos y estables, de creyentes que tengan entre sí suficientes afinidades espirituales ⁽⁵⁾. Para estas comunidades, esta preparación constituye su obra principal; nutre la savia de cada uno y es, recíprocamente, fruto de la de todos ellos. En estas comunidades, ceñidas en torno al recuerdo de Jesús, es donde se podrá buscar e inventar la mutación litúrgica que se impone para que la misa actual vuelva a ser verdaderamente el centro de la vida espiritual de los cristianos, igual que, a su manera, lo fue en los comienzos. Esta mutación es de una

(5) Sobre la relación entre «comunidad de base propiamente humana» y «comunidad de fe», ver: *Cuaderno de la diáspora* 15, Madrid, AML, 2003, “Descubrir la comunidad de fe”, págs. 75-101.

importancia capital: tiene que consistir en hacer, de la renovación de la Cena, una auténtica celebración en la que, en la medida de lo posible, todos los miembros de la asamblea participen personalmente. Esta concelebración es radicalmente distinta de una simple ceremonia como las de cualquier religión, que no exige más que una asistencia muda, más que silenciosa, y que lo más que permite es un pobre diálogo, inevitablemente ficticio.

Sería preciso que allí donde unos cristianos, por su educación y por su fe, fuesen capaces de reunirse en nombre de Jesús, pudiesen hacerlo legítimamente capacitados para ello por su Iglesia, de modo que pudiesen «hacer esto en su memoria». Este tipo de concelebración no sólo es posible sino que es, además, necesaria para la progresión espiritual de las comunidades. Ayudaría a que los cristianos convirtiesen en actual –ya que lo volverían a hacer juntos, con unos sentimientos idóneos y con un realismo capaz de hacerles franquear los siglos– aquello que ocurrió hace ya tanto tiempo, cuando Jesús, antes de dejar a sus discípulos, compartió el pan y el vino con ellos. Pero esta mutación, que no es comparable con ninguna otra reforma, ni las más importantes, implicaría un replanteamiento radical de la concepción del sacerdocio tal como se fue instituyendo lentamente, durante los dos primeros siglos, en el transcurso de la evolución de las Iglesias; al principio nacidas del Espíritu y carismáticas, poco a poco fueron convirtiéndose en organizaciones brotadas de los poderes vinculados a la función.

Heredera del sacerdocio judaico, la condición actual del sacerdote está fuertemente influida por las coyunturas sociológicas que el cristianismo ha atravesado. Al margen de sus funciones particulares, el sacerdote es un notable mientras su situación social no se degrade. El sacerdote es, en principio, a pesar de lo vetusto de sus enseñanzas, un especialista en la doctrina; lo cual no debe denigrarse si se considera la mediocridad general de los conocimientos que normalmente tienen los cristianos sobre el cristianismo. Se le atribuye, además, el carisma del apostolado; cosa que es cierta cuando, superado el plano de la «función ordenada», se eleva al de la «misión», fruto de su fe y

de su fidelidad. Cubriendo las condiciones adecuadas de instrucción y piedad, el sacerdote tendría que ser, simplemente, tal como fue en los orígenes, y aún más hoy: un simple miembro de la comunidad local entre muchos otros habilitados también por la autoridad religiosa para este servicio porque también se les habría juzgado capaces en lo intelectual y en lo espiritual; un miembro que vive en las mismas condiciones que los otros, que tiene sus mismas necesidades, sus mismos cargos, y comparte el mismo destino. Sólo así es como, cualesquiera que sean los lugares, tiempos y circunstancias, allí donde haya cristianos, la Cena podrá renovarse con espíritu fraterno, completamente animado por el recuerdo de Jesús, tal como él mismo lo pidió expresamente, según las Escrituras.

La iglesia debe garantizar la posibilidad de la renovación de la Cena allí donde algunos discípulos de Jesús «se reúnan en su nombre»

El futuro del cristianismo está unido al nacimiento y al desarrollo de grupos cristianos capaces de revivir, según sus medios, lo que hicieron juntos Jesús y sus discípulos. El servicio que la Iglesia debe a sus miembros no es otro que éste. Cuando se muestra incapaz de hacerlo porque no se adoptan las medidas necesarias, falla gravemente y falta a su misión. Este servicio fundamental no tendría que depender del reclutamiento sacerdotal tal como éste se concibió en unas determinadas condiciones, de cultura, mentalidad y vida material y social, completamente diferentes de las actuales. Ninguna consideración teórica, ningún obstáculo práctico debería impedir que la Iglesia asumiese este encargo que es tan esencial a su misión que, sin él, su estructura social perdería su razón de ser. ¿Tendrá el cristianismo la fe suficientemente viva como para extraer de sí mismo la posibilidad de inventar formas que se adecuen, mejor que las del pasado, a la formación espiritual de los cristianos y, por tanto, a la renovación de la Cena, haciéndola posible siempre y en todas partes? Ésta es la condición de su fecundidad y también de su perennidad.

Dicha invención está estrechamente unida a la mutación que hará del cristianismo la religión de llamada. ¿Sabrá proceder a esta muta-

ción por su propia iniciativa, sin necesidad de que le obliguen los acontecimientos? O, por el contrario, se esforzará –aunque sin duda en vano–, ¿por mantenerse a toda costa, día a día; por frenar su retroceso inexorable, persiguiendo continuamente su supervivencia a base de ser tan flexible e inteligente como sea posible; por adaptarse sin demasiado retraso a las nuevas circunstancias que le hostigan de cerca; por mirar de no cambiar de un modo demasiado visible ya que una verdadera continuidad interior no lo tranquiliza respecto de su fidelidad?

Sólo puede plantearse esta cuestión; cosa que a muchos les parecerá profundamente insólita e incluso sacrílega. Sería imposible responderla. Esta pregunta es de ésas que ayudan a comprender mejor el destino imposible al que está abocada la Iglesia a medida que los hombres, a través incluso de sus desórdenes, se desarrollan y llegan a ser espiritualmente más exigentes. So pena de desaparecer, la Iglesia se ve constreñida a esta mutación por la misma humanidad a la que tiene que evangelizar; humanidad que a menudo la combate y de este modo le obliga, sin pretenderlo ni saberlo, a ser más fiel a Aquél que, en su tiempo, hizo nuevas todas las cosas. Esta pregunta, humanamente angustiada, suscita, en quienes osan planteársela con lucidez en sus vidas impotentes pero fecundas para el futuro, gracias a la fe, y a la fidelidad que los inspira, la espera nacida de dicha fe, que todo lleva a afirmar que es ilusoria pero invencible. Es la Esperanza en acto. Esta Espera fiel preparó antaño, a través de los siglos y entre tinieblas, la misión de Jesús. También ella es auxiliar ciega, pero necesaria, del desarrollo de su misión en el Mundo.

